

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE GÁLATAS

Andar por el Espíritu a fin de llevar el fruto del Espíritu y sembrar para el Espíritu a fin de segar vida eterna (Mensaje 11)

Lectura bíblica: Gá. 5:16-26; 6:7-10

- I. Podemos andar por el Espíritu y llevar el fruto del Espíritu, o andar por la carne y manifestar las obras de la carne—Gá. 5:16-26; Fil. 3:3:
 - A. La carne es la máxima expresión del hombre tripartito caído, mientras que el Espíritu es la realidad consumada del Dios Triuno procesado; por tanto, andar por el Espíritu es andar por el Dios Triuno procesado, quien mora en nuestro espíritu como el Espíritu todo-inclusivo—Gn. 6:3; 1 Co. 15:45; Gá. 5:16; Ro. 8:16.
 - B. Cuando andamos por el Espíritu (cuando vivimos y actuamos por el Espíritu y todo nuestro ser es regido por el Espíritu), entonces producimos el fruto del Espíritu—Gá. 5:16, 22-23.
 - C. Todas las obras de la carne son obras carentes de la vida divina, mientras que el fruto que el Espíritu produce, está lleno de la vida divina—vs. 19, 22.
 - D. La vida caída del viejo Adán se expresa de manera concreta en la carne, y las obras de la carne son los diferentes aspectos de dicha expresión carnal—vs. 19-21:
 1. La fornicación, la inmundicia, la lascivia (las cuales tienen que ver con pasiones malignas), las borracheras y las orgías (las cuales tienen que ver con una vida de disipación) están relacionadas con la concupiscencia del cuerpo corrupto.
 2. Las enemistades, las contiendas, los celos, las iras (las cuales tienen que ver con estados de ánimo malignos), las

disensiones, las divisiones, las sectas y las envidias (las cuales tienen que ver con el partidismo) están relacionadas con el alma caída, la cual está íntimamente ligada con el cuerpo corrupto.

3. La idolatría y las hechicerías (las cuales tienen que ver con la adoración demoníaca) están relacionadas con el espíritu que permanece en una condición de muerte.
 4. La vanagloria, la provocación y la envidia son propias de la carne; estos tres asuntos nos indican, de una manera muy práctica, si andamos por el Espíritu o no—vs. 25-26.
 5. Pablo hace referencia a quienes quieren “quedar bien en la carne” (6:12); estar en la carne equivale a estar en nuestro ser natural, nuestro hombre exterior, y carecer de la realidad interna y el valor espiritual que se hallan en nuestro espíritu regenerado (Ro. 2:28-29; Fil. 3:3).
 6. Si andamos por el Espíritu, automáticamente prevaleceremos sobre la carne y derrotaremos al diablo que se esconde detrás de ésta; a medida que ganemos, de este modo, la batalla en contra de la carne, se cumplirá el propósito de Dios, el cual es que Cristo sea expresado—Gá. 5:16-17; 6:17; cfr. Éx. 17:8-16.
- E. Así como la carne expresa al viejo Adán, el Espíritu hace real a Cristo en nosotros; de hecho, Aquel a quien expresamos en nuestro vivir es Cristo como Espíritu, y los diversos aspectos del fruto del Espíritu son las características de Cristo—cfr. Fil. 1:19-21a:
1. La intención de Dios es que vivamos por el Espíritu a fin de expresar a Cristo; lo que necesitamos actualmente en el recobro del Señor es andar por el Espíritu y así expresar a Cristo en muchas y diversas virtudes, de modo que nosotros mismos lleguemos a ser hijos de Dios en realidad.
 2. Nuestros atributos naturales no contienen nada del Espíritu, mientras que el fruto del Espíritu está lleno de la sustancia y el elemento del Espíritu.
 3. En Gálatas 5:22-23 se mencionan nueve aspectos del fruto del Espíritu, los cuales son diferentes expresiones del Espíritu: amor, gozo, paz, longanimidad, benignidad, bondad, mansedumbre y dominio propio.

4. El fruto del Espíritu incluye otros aspectos, tales como humildad (Ef. 4:2; Fil. 2:3), compasión (v. 1), piedad (2 P. 1:6), justicia (Ro. 14:17; Ef. 5:9), santidad (1:4; Col. 1:22) y pureza (Mt. 5:8).
 5. El fruto del Espíritu es el fruto de la luz mencionado en Efesios 5:9, el cual consiste en toda bondad (Mt. 19:17), justicia (Ro. 5:17-18, 21) y verdad (Jn. 14:17), con miras a que el Dios Triuno sea expresado (cfr. Éx. 25:37).
- II. Podemos sembrar para el Espíritu a fin de segar vida eterna, o sembrar para la carne a fin de segar la corrupción que es propia de la carne—Gá. 6:7-10:
- A. Según el punto de vista de Pablo, la vida humana es un proceso que consiste en sembrar; todo cuanto decimos y hacemos, implica sembrar las semillas que crecerán y finalmente serán cosechadas.
 - B. Sembrar para el Espíritu significa sembrar con miras a cumplir el propósito del Espíritu; esto equivale a tener al Espíritu como nuestra meta:
 1. De hecho, andar por el Espíritu es sembrar para el Espíritu—5:16.
 2. En nuestra vida y en nuestro vivir debemos tener en vista al Espíritu, es decir, debemos tomar al Espíritu como nuestra meta—6:8b.
 3. La economía de Dios consiste en que Él mismo se nos da como el Espíritu; nada complace más a Dios que el que tomemos al Espíritu todo-inclusivo, quien es el Dios Triuno todo-inclusivo, como nuestra meta única y eterna—3:5a, 14; cfr. Fil. 2:13.
 - C. Sembrar para la carne significa sembrar con miras a cumplir el propósito de la carne; esto equivale a tener a la carne como nuestra meta:
 1. No es posible permanecer neutrales con respecto a la carne y el Espíritu; o tomamos como nuestra meta la carne o el Espíritu—Ro. 8:6.
 2. Todo cuanto hacemos equivale a sembrar, ya sea para nuestra carne o para el Espíritu, y todo lo que sembramos produce, ya sea una cosecha de corrupción, que viene de la carne, o una cosecha de vida eterna, que viene del Espíritu—Sal. 126:5; Pr. 22:8a; Os. 8:7a.

3. Si vivimos para la carne, cualquier obra cristiana que realicemos carecerá de eficacia; lo que cuenta no es nuestra labor, sino lo que sembramos—cfr. Mr. 4:14; Dt. 22:9.
- D. Cuando nuestra meta es el Espíritu, llegamos a ser un suministro de vida para otros y para las iglesias—Gá. 6:10; 2 Co. 3:6.
- E. Cuando sembramos para el Espíritu, el Espíritu nos hace una nueva creación:
 1. La nueva creación tiene que ver con que los escogidos de Dios tomen al Espíritu todo-inclusivo como su meta, lo tengan siempre presente, sean un solo espíritu con Él y, como resultado de todo ello, el elemento divino sea infundido en ellos a fin de cambiar su constitución intrínseca y hacerlos nuevos—Gá. 6:14-15.
 2. La Nueva Jerusalén, la máxima consumación de la vida eterna, será el fruto consumado y la cosecha final que se obtenga como producto de haber sembrado nosotros para el Espíritu—v. 8b; Jn. 4:14; Ap. 22:1-2.
 3. El Señor está haciendo un llamado en Su recobro, el cual es que tomemos al Espíritu como nuestra meta y que vivamos para Él en todo, para así obtener la cosecha de la vida eterna; ¡que maravilloso es que podamos tener tal meta gloriosa en cuanto a la vida divina!

MENSAJE ONCE

ANDAR POR EL ESPÍRITU A FIN DE LLEVAR EL FRUTO DEL ESPÍRITU Y SEMBRAR PARA EL ESPÍRITU A FIN DE SEGAR VIDA ETERNA

Oración: Señor, gracias por estos mensajes. Amamos estos mensajes y, a causa de este ministerio, amamos Tu Palabra. Gracias por valerte de los últimos diez mensajes para revelarnos Tu Palabra. Te agradecemos por la oportunidad de profundizar en Tu Palabra una vez más en este último día del entrenamiento. Te pedimos que uses todos estos mensajes para revelarnos Tu economía y hacer de nosotros personas que andan inmersos en el Espíritu. Anhelamos ser los que llevan a cabo Tu economía al disfrutar del Espíritu, al estar atentos al Espíritu y al andar inmersos en el Espíritu todo el tiempo. Te entregamos todas y cada una de las palabras dichas con ocasión de estos mensajes. Usa los bosquejos, los versículos y nuestras palabras. Que al hablar nosotros, seas Tú el que resplandezca en nosotros, a fin de que nuestras vidas sean transformadas y practiquemos una vida de iglesia en la cual Dios sea manifestado en la carne. Nos entregamos a Ti y te entregamos los días venideros. Permite que seamos aquellos que siembran para el Espíritu a fin de segar vida eterna.

En este mensaje, como en los dos mensajes previos, nos concentraremos en el tema del Espíritu. La economía de Dios es llevada a cabo por medio del Espíritu. El Espíritu que lleva a cabo la economía divina es el Espíritu divino mezclado con nuestro espíritu humano, junto al cual llega a ser un solo espíritu. El hombre es un ser tripartito; él posee un cuerpo, un alma y, en lo más profundo de su ser, un espíritu. El Dios Triuno pasó por un proceso y, ahora, en Su forma consumada, es el Espíritu. Como Espíritu divino, el Dios Triuno procesado y consumado entra en el hombre tripartito, y los dos espíritus se mezclan con el fin de llegar a ser un solo espíritu. Como cristianos, debemos andar y vivir regidos por este espíritu. El cristianismo se equivoca rotundamente debido a que se ha desviado de aquello que es esencial en la vida cristiana y se ha concentrado en otras cosas. Sin embargo, como

cristianos, debemos darle al espíritu mezclado el lugar central que le corresponde en nuestras vidas y debemos hacer de él nuestra meta. Si andamos conforme a este espíritu mezclado, entonces ciertamente llevaremos a cabo la economía divina.

El libro de Gálatas comienza presentando el contraste que existe entre Cristo y la economía divina del Antiguo Testamento. En el capítulo uno se nos dice que a Dios le agradó revelar a Su Hijo en nosotros (vs. 15-16), lo cual indica que el énfasis de este capítulo es la persona de Cristo. Después, el segundo capítulo nos dice que este Cristo que viene a sustituir todo lo que conformaba la dispensación del Antiguo Testamento, es quien debe vivir en nosotros (vs. 11-21). Así pues, el evangelio es esta persona viviente: Cristo mismo. Cuando Él viene, Él reemplaza todo aquello que conforma la economía del Antiguo Testamento.

Consideremos el cuadro que se nos presenta en el capítulo cinco del Evangelio de Juan. En él, vemos a un hombre que yacía enfermo cerca de un estanque (vs. 4-5). Esta persona estaba en medio de la santa ciudad, del templo santo, de las festividades santas, de un ángel santo y de la santa ley, es decir, estaba rodeado de todo aquello perteneciente al Antiguo Testamento; aún así, nada de ello podía ayudarle. Sin embargo, una persona viviente, Jesús, vino a él (v. 6) para reemplazar todo lo perteneciente a la economía del Antiguo Testamento. Así pues, la economía del Nuevo Testamento es simplemente esta persona viviente, Cristo mismo, quien es la centralidad y la universalidad de la economía de Dios. Puesto que toda la economía de Dios se centra en Cristo, en Él se cumple toda la tipología del Antiguo Testamento y Él reemplaza la ley. Por tanto, Aquel que vive en nosotros deberá ocupar el lugar central en todo.

En Gálatas 3—6 se nos habla sobre el Espíritu. Ciertamente el Espíritu no es una entidad separada de Cristo, sino el propio Cristo hecho real para nosotros. Al sernos revelado, Él es Cristo; pero al ser experimentado por nosotros, Él es el Espíritu. En la economía de Dios, Cristo lo es todo; pero cuando lo experimentamos de manera concreta, Cristo es el Espíritu. Por este motivo, los últimos cuatro capítulos de este libro nos revelan algo sobre el maravilloso Espíritu consumado, vivificante y todo-inclusivo.

En Gálatas 3:3 Pablo nos dice: “¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora os perfeccionáis por la carne?”. En este capítulo se nos habla de recibir el Espíritu a fin de que poseamos la vida divina. Después, en Gálatas 4:29, dice: “Pero como entonces el que

había nacido según la carne perseguía al *que había nacido* según el Espíritu, así también ahora”. Por ser cristianos, somos personas nacidas según el Espíritu. En Juan 3:6 dice: “Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”. Al nacer de nuestros padres, nacimos de la carne; pero al creer en el Señor Jesús, nacimos del Espíritu. Por haber nacido del Espíritu, ahora debemos crecer y madurar hasta llegar a ser hijos maduros de Dios y, finalmente, llegar a ser herederos de Dios.

Por tanto, Gálatas 3 dice que el Espíritu cumple la función de impartirnos la vida divina, y el cuarto capítulo nos revela que es en virtud del Espíritu que nosotros nacimos de Dios a fin de que llegáramos a ser verdaderos hijos de Dios. Después, en el quinto capítulo de Gálatas, se nos revela que nosotros vivimos y andamos por el Espíritu. Ya hemos nacido del Espíritu, ahora debemos vivir y andar según el Espíritu. Finalmente, el sexto capítulo de este libro nos indica que el Espíritu es la meta y el objetivo de nuestras vidas.

En la *Versión Recobro* del Nuevo Testamento, la segunda nota que explica Gálatas 3:3 nos dice: “En 2:20 el contraste está entre Cristo y el “yo”; aquí el contraste está entre el Espíritu y la carne. Esto indica que en nuestra experiencia el Espíritu es Cristo y la carne es el “yo”. Desde el cap. 3 hasta el final de la epístola, el Espíritu es Cristo en nuestra experiencia de vida. En cuanto a la revelación, es Cristo; en cuanto a la experiencia, es el Espíritu”. Por tanto, a fin de que podamos vivir la vida cristiana apropiada, es necesario que recibamos la revelación de Cristo y que experimentemos al Espíritu.

Permítanme recalcar una vez más que el Espíritu no es únicamente el Espíritu Santo ni solamente nuestro espíritu humano; más bien, es nuestro espíritu humano en el cual mora el Espíritu divino y el cual se ha mezclado con el Espíritu divino. Tanto en Gálatas 4—6, como en el octavo capítulo del libro de Romanos, a la palabra “Espíritu” no la acompaña el adjetivo de “Santo”. Esto nos indica que estos pasajes enfatizan el hecho de que este espíritu es el espíritu mezclado. Este espíritu mezclado es el Espíritu divino, el cual es la consumación y la totalidad de todo cuanto Dios ha realizado, así como también la forma consumada de Dios, el Espíritu que mora en nuestro espíritu. Nosotros los cristianos debemos andar conforme a este espíritu mezclado.

El título del presente mensaje es: “Andar por el Espíritu a fin de llevar el fruto del Espíritu y sembrar para el Espíritu a fin de segar vida eterna”. Nuestro vivir y andar generan una determinada clase de fruto.

Así pues, el fruto de andar regidos por nuestra carne es las obras de la carne, mientras que el fruto de andar por el Espíritu es el fruto del Espíritu. En éste último caso, la meta final es segar vida eterna. Como cristianos, debemos tener una meta y un objetivo, a saber, el Espíritu. Debemos sembrar para el Espíritu a fin de segar vida eterna.

Ya dijimos que la segunda sección de Gálatas le da mucha importancia al espíritu mezclado. Sin embargo, junto a este maravilloso espíritu mezclado, encontramos algo horrendo: la carne. En todos los capítulos de Gálatas, encontramos referencias a la carne. Y comenzando desde el tercer capítulo, Pablo hace un contraste muy claro entre el Espíritu y la carne. En el versículo tres, Pablo dice: “¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora os perfeccionáis por la carne?”. Así pues, aun cuando hayamos comenzado por el Espíritu, es posible que andemos en una esfera ajena al Espíritu, al procurar ser perfeccionados en nuestra carne. En Gálatas 4:29, este contraste entre la carne y el Espíritu es todavía más agudo, pues allí se nos dice que “el que había nacido según la carne perseguía al que había nacido según el Espíritu”.

En el versículo 17 del quinto capítulo de Gálatas dice: “Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne”. Fíjense que aquí no se nos dice que la carne ame al Espíritu, sino que lucha en contra del Espíritu. Así pues, en nuestra experiencia ocurren estas dos cosas, las cuales jamás cesan de afectarnos. En el capítulo 17 de Éxodo se nos dice que los israelitas combatían en contra de los amalecitas. Amalec tipifica la carne. Así pues, la primera batalla que el pueblo de Dios tuvo que librar fue una batalla en contra de la carne, pues la carne es el primer enemigo que debe enfrentar el pueblo de Dios. Inmediatamente después, en el capítulo dieciocho de Éxodo, se nos presenta el reino, lo cual nos muestra que el último enemigo a ser derrotado antes que el reino pueda ser establecido, es la carne. Por tanto, la carne constituye tanto el primer enemigo que enfrentamos en nuestra vida cristiana, como también el último. Esto nos muestra, también, que la carne jamás nos abandona. Mientras estemos en este cuerpo, no es posible alcanzar un estado de perfección en el que estemos exentos de pecado, pues la carne siempre está con nosotros.

Debemos recordar que al combatir en contra de Amalec, Moisés tenía que mantener su mano levantada (Éx. 17:9). Mientras su mano permanecía levantada, los israelitas prevalecían, pero siempre que él bajaba su mano, los hijos de Israel eran derrotados (v. 11). A ello se debe que la Biblia nos dice: “Orad sin cesar” (1 Ts. 5:17). En Éxodo

17:16 leemos: “Por cuanto la mano de Amalec se levantó contra el trono de Jehová, Jehová tendrá guerra con Amalec de generación en generación”. Esto nos muestra que en esta guerra no solamente intervenía la mano de Moisés, sino también la mano de Amalec. Por tanto, la mano de Amalec está constantemente levantada en contra del pueblo de Dios. Si usted considera su propia experiencia, comprobará que cada vez que usted está en la carne, aborrece al Espíritu, detesta a los hermanos y hermanas, y no puede soportar la Biblia y la vida de iglesia. Ciertamente, a usted le es imposible permanecer neutral en esta guerra. Sin embargo, lo opuesto también es verdad, es decir, cada vez que usted está en el espíritu, aborrece su carne. Estas dos entidades están siempre presentes en nosotros y jamás nos abandonan.

A esto se debe que en Gálatas 5:24 se nos diga: “Pero los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y concupiscencias”. La expresión: “los que son de Cristo Jesús”, se refiere a nosotros. Esto indica que somos nosotros los que tenemos que crucificar la carne. Por otro lado, Romanos 6:6 dice que el viejo hombre, el “yo”, fue crucificado juntamente con Cristo. Y en Gálatas 2:20 Pablo declara: “Con Cristo estoy juntamente crucificado”. Si bien Cristo crucificó al viejo hombre hace unos dos mil años, nosotros, los que estamos en Cristo Jesús, debemos crucificar nuestra propia carne, con sus pasiones y concupiscencias. Por supuesto, en el versículo 20 Pablo nos da a entender que un cristiano normal es aquel que ha crucificado la carne, y ello pertenece al pasado. Así pues, si las circunstancias son las normales, nuestro andar diario debe reflejar la realidad de que hemos crucificado nuestra carne, pero el hecho de que a diario tenemos que aplicar esta crucifixión en nuestra experiencia, es una prueba de que la carne está presente en nosotros todo el tiempo.

**PODEMOS ANDAR POR EL ESPÍRITU Y LLEVAR
EL FRUTO DEL ESPÍRITU, O ANDAR POR LA CARNE
Y MANIFESTAR LAS OBRAS DE LA CARNE**

**La carne es la máxima expresión del hombre tripartito caído,
mientras que el Espíritu es la realidad consumada
del Dios Triuno procesado; por tanto, andar por el Espíritu
es andar por el Dios Triuno procesado, quien mora
en nuestro espíritu como el Espíritu todo-inclusivo**

Podemos andar por el Espíritu y llevar el fruto del Espíritu, o andar por la carne y manifestar las obras de la carne (Gá. 5:16-26; Fil. 3:3). La

carne es la máxima expresión del hombre tripartito caído, mientras que el Espíritu es la realidad consumada del Dios Triuno procesado; por tanto, andar por el Espíritu es andar por el Dios Triuno procesado, quien mora en nuestro espíritu como el Espíritu todo-inclusivo (Gn. 6:3; 1 Co. 15:45; Gá. 5:16; Ro. 8:16). El Dios que hoy disfrutamos no es el mismo que estaba presente antes de que pasara por un proceso; asimismo, la carne que hoy aborrecemos, no es el cuerpo que existía antes de la caída.

El Espíritu es el Dios Triuno procesado, y la carne es el hombre tripartito que ha caído. Tal como vimos en el noveno mensaje de esta serie, la novia es el hombre tripartito que ha sido transformado. Dios pasó por un proceso, mientras que el hombre pasa por dos procesos. En virtud de uno de los procesos por los cuales pasó el hombre, caímos y heredamos un ser tripartito degradado. Así pues, el cuerpo humano experimentó la caída, y al caer, se convirtió en la carne.

Pero, volvamos a la nota de pie de página de la *Versión Recobro*, en la que se nos explica Gálatas 3:3:

La carne es condenada y repudiada a lo largo de este libro (1:16; 2:16; 3:3; 4:23, 29; 5:13, 16-17, 19, 24; 6:8, 12-13), y a partir del cap. 3, cada capítulo presenta un contraste entre la carne y el Espíritu (v. 3; 4:29; 5:16-17, 19, 22; 6:8). La carne es la máxima expresión del hombre tripartito caído, y el Espíritu es la máxima realidad del Dios Triuno procesado. La carne tiende a guardar la ley, y la ley la pone a prueba; en cambio, el Espíritu se recibe y se disfruta por fe. La economía de Dios nos libera trasladándonos de la carne al Espíritu, para que participemos de la bendición de las riquezas del Dios Triuno. Esto no puede realizarse por la carne que guarda la ley, sino por el Espíritu que recibimos y experimentamos por fe.

Tal como se dijo en el anterior mensaje, no podemos permanecer neutrales. Vivimos y andamos, ya sea según este Espíritu mezclado o según la carne. Andar por el Espíritu, pues, consiste en andar por el Dios Triuno procesado, quien es el Espíritu todo-inclusivo que mora en nuestro espíritu.

En el cuarto capítulo de Gálatas dice que nacimos según el Espíritu (v. 29). En este capítulo se nos habla de dos mujeres y de dos hijos. Una de las mujeres es Agar, y la otra es Sara. De los dos hijos, en tipología, uno nació según la carne y el otro nació según el Espíritu; uno andaba según la

carne, y el otro, según el Espíritu. El capítulo 21 de Génesis nos presenta un cuadro del crecimiento de Ismael e Isaac (véase el *Estudio-vida de Génesis*, mensaje cincuenta y seis). La manera en que ellos fueron criados y crecieron, produjo dos estilos de vida diferentes. Uno de ellos creció en el desierto, y vivía en función del pozo, la fuente, que estaba cerca de Egipto. El otro hijo vivió en Beerseba, donde había un pozo de agua viva. Este pozo había sido adquirido por Abraham al precio de siete corderas (v. 30), lo cual significa que era un pozo de redención. El nombre *Beerseba* significa “pozo de un juramento”, lo cual indica que este pozo, fuente de agua viva, estaba sellado con su pacto. Además de este pozo, en Beerseba había un árbol tamarisco (v. 33). El árbol tamarisco es un árbol de hojas que cuelgan y que, además, crece cerca del agua. Ciertamente este árbol es una representación pictórica de la vida del Dios que fluye. Fue allí, en Beerseba, donde Abraham invocó el nombre de *Jehová El Olam*, lo cual indica que él experimentó a Dios como Aquel que siempre vive, que es secreto y misterioso, quien es la vida eterna.

Estos dos estilos de vida redundaron en dos personas diferentes. Uno de ellos produjo un tirador de arco, una persona aniquiladora de la vida (v. 20). Esto es lo que sucede cuando uno permanece en su carne. Nos convertimos en personas que aniquilan la vida. La otra clase de vida redundó en un sacrificio; Isaac se convirtió en un sacrificio (22:12). Así pues, el estilo de vida de Ismael lo llevó a Egipto (21:21), mientras que el estilo de vida de Isaac lo llevó al monte de Moriah (22:2), el cual se convirtió en el monte de Sion. Estas son las dos maneras de vivir entre las que podemos optar. No debemos ser aquellos que andan según la carne, sino que debemos ser personas que andan conforme al Espíritu y que viven inmersas en el Espíritu. Cuando vivimos en el Espíritu, estamos en Beerseba. Aquí, invocamos el nombre de Jehová, el Poderoso y Eterno, y disfrutamos del río que fluye. Finalmente, esta clase de vida redundó en que lleguemos a ser un sacrificio vivo que forma parte del monte de Sion. Así, llegamos a ser los vencedores de Dios que edifican el templo de Dios y que llevan a cabo Su economía eterna.

**Quando andamos por el Espíritu
(cuando vivimos y actuamos por el Espíritu
y todo nuestro ser es regido por el Espíritu),
entonces producimos el fruto del Espíritu**

Quando andamos por el Espíritu (cuando vivimos y actuamos por

el Espíritu y todo nuestro ser es regido por el Espíritu), entonces producimos el fruto del Espíritu (Gá. 5:16, 22-23).

Todas las obras de la carne son obras carentes de la vida divina, mientras que el fruto que el Espíritu produce, está lleno de la vida divina

Todas las obras de la carne son obras carentes de la vida divina, mientras que el fruto que el Espíritu produce, está lleno de la vida divina (vs. 19, 22). La vida cristiana no es una vida en la que se realizan muchos trabajos, sino una vida que consiste en dar fruto. Hemos sido sembrados junto al agua viva. Tal como dice uno de nuestros himnos: “Por tanto sacaréis con gozo aguas / De las fuentes de la salvación / Y diréis en aquel día: / Alabado sea el Señor” (*Hymns*, #1340). Debemos invocar Su nombre: “Oh Jehová, *El Olam*”, el Eterno.

La vida caída del viejo Adán se expresa de manera concreta en la carne, y las obras de la carne son los diferentes aspectos de dicha expresión carnal

La vida caída del viejo Adán se expresa de manera concreta en la carne, y las obras de la carne son los diferentes aspectos de dicha expresión carnal (vs. 19-21). En teoría, la vida degradada es el “yo”. Pero en la práctica, en nuestra vida diaria, es la carne. Ello determina si estamos en Adán o en Cristo. Les reitero: no debíamos pensar que la carne habrá de dejarnos. Hoy estamos en una reunión, pero mañana estaremos en nuestros hogares; necesitamos, pues, considerar cómo vivimos a diario. ¿Vivimos conforme al Espíritu o vivimos inmersos en nuestra carne? Estas palabras no solamente están dirigidas a nuestros jóvenes. Incluso si ya hemos alcanzado cierta madurez humana, no debíamos pensar que la carne no se halla presente en nuestras vidas. Incluso el propio hermano Lee, a los ochenta años de edad, solía decir que él mismo necesitaba permanecer alerta. Si nos descuidamos, nos encontraremos inmersos en nuestra carne.

La fornicación, la inmundicia, la lascivia (las cuales tienen que ver con pasiones malignas), las borracheras y las orgías (las cuales tienen que ver con una vida de disipación) están relacionadas con la concupiscencia del cuerpo corrupto

La fornicación, la inmundicia, la lascivia (las cuales tienen que ver con pasiones malignas), las borracheras y las orgías (las cuales tienen

que ver con una vida de disipación) están relacionadas con la concupiscencia del cuerpo corrupto. Las obras de la carne son obvias y manifiestas. La primera es la fornicación. Estrictamente hablando, la fornicación ocurre antes del matrimonio, mientras que el adulterio ocurre después que se ha contraído matrimonio; sin embargo, aquí yo incluiría a ambos al hablar de la fornicación. La fornicación destruye familias, aniquila la condición humana del fornicario, e incluso daña el cuerpo de la persona. El hermano Lee nos dijo muchas veces que él amaba este país, pero que cuando consideraba el asunto de la fornicación, sentía mucha lástima por esta nación. Yo comparto ese mismo sentimiento de lástima, pues un país tan precioso, está siendo muy perjudicado por la fornicación. Si bien no todos los matrimonios han sido arruinados a causa de la fornicación, ésta ciertamente ha sido la causa de un gran porcentaje de los divorcios que vemos en nuestros días. Esto no es bueno.

El año pasado, un amigo nuestro que no se reúne con nosotros, recibió el encargo de escribir acerca de nosotros para una revista cristiana muy respetada. Así pues, él vino a visitarnos, en calidad de reportero, como alguien que simplemente viene a observar. Sin embargo, a medida que conversaba con nosotros y nos conocía, se pudo percatar de que éramos verdaderos creyentes. Puesto que él vive cerca de Washington D. C., cuando celebramos una conferencia en dicha ciudad, le invitamos a asistir. Él vino a la última reunión, en la que celebramos la reunión de la mesa del Señor, y permaneció hasta el final de la misma; después, almorzamos con él. Él conocía nuestra teología y nos había llegado a conocer, pero nos dijo que se había podido percatar de una noticia que él consideraba aún más importante que la relacionada con el hecho de que somos ortodoxos en nuestra fe, una noticia que todo el público cristiano debía conocer. La noticia que él consideraba de mayor importancia era que en nuestras reuniones, los jóvenes de diez y once años de edad se ponían en pie para leer versículos y compartir algo de Cristo. Él nos dijo que esto no se veía en ningún otro lugar sino entre nosotros, en el recobro del Señor. Así pues, la gran noticia es que nosotros llevamos un vivir que no se ha manifestado en ningún otro lugar.

Nadie más habría de utilizar su tiempo de vacaciones navideñas para dedicar seis días a estudiar seriamente la Palabra de Dios, sin que haya espectáculos musicales ni representaciones teatrales, sino concentrándose en la Biblia solamente. Yo me siento complacido de los

santos y de los jóvenes aquí reunidos. Jamás debiéramos dejar que los demás nos hagan sentir mal debido a que somos diferentes. Es verdad que somos diferentes; esto se debe a que no somos como los que permanecen en su carne. El hecho de que somos diferentes no debiera preocuparnos en absoluto. Muchos de nosotros, los hermanos colaboradores, éramos adolescentes cuando conocimos al Señor y comenzamos a ir en pos de Él. Aun así, no nos perdimos nada, debido a que el mundo no tenía nada que ofrecernos. Jamás tuvimos la sensación de estar desperdiciando nuestra juventud. Más bien, nosotros poseemos el espíritu mezclado.

Ahora hablaremos de “la inmundicia”. Hace unos días tuve que hablar a un grupo de jóvenes acerca de la música rock. Al prepararme para hablarles al respecto, mi estudio del tema me llevó a descubrir que esta música es completamente satánica. Muchas de las estrellas del rock han declarado, en alguna ocasión, estar poseídas. Además, la música que se escucha en nuestros días está envenenada; es agua de las cloacas. En 1 Pedro 4:4 dice: “Les parece cosa extraña que vosotros no corráis con ellos en el mismo desbordamiento de disolución, y os calumnian”. Si los demás los calumnian debido a que no corren con ellos, dejen que los difamen y hablen mal de ustedes. Si ellos siembran para la carne, finalmente segarán corrupción. En cuanto a nosotros, debemos proteger nuestros cuerpos, nuestros vasos.

Con respecto a “las borracheras”, la Biblia específicamente hace un contraste entre este vicio y ser llenos en el espíritu (Ef. 5:18). Esto es muy significativo. Cuando alguien está embriagado, ha dejado de estar en su espíritu. Esta era es una era de embriaguez y disolución. Nosotros tenemos que asumir una postura firme en contra de la misma y decirle “no” a esta era. Damos gracias al Señor por nuestros jóvenes. Ser un joven que ha sido criado en la vida de iglesia no es algo insignificante. Es necesario que nuestros jóvenes sean resguardados en la vida de iglesia y no sean arrastrados por la corriente de este mundo. La bebida está aniquilando a muchos jóvenes en esta era; la bebida aniquila el cuerpo, el alma y, ciertamente, aniquila el espíritu de las personas. Ninguno que está embriagado puede estar en su espíritu. La bebida redundante en disipación. Por supuesto, nadie puede estar embriagado todo el tiempo, pero cuando nuestra carne es provocada y la tentación sobreviene, entonces se suscitan las borracheras. Ciertamente necesitamos la oración de Moisés, el Cristo que está en nuestro espíritu, de modo que todo el tiempo vivamos inmersos en nuestro espíritu.

*Las enemistades, las contiendas, los celos, las iras
(las cuales tienen que ver con estados de ánimo malignos),
las disensiones, las divisiones, las sectas y las envidias
(las cuales tienen que ver con el partidismo)
están relacionadas con el alma caída, la cual está
íntimamente ligada con el cuerpo corrupto*

Las enemistades, las contiendas, los celos, las iras (las cuales tienen que ver con estados de ánimo malignos), las disensiones, las divisiones, las sectas y las envidias (las cuales tienen que ver con el partidismo) están relacionadas con el alma caída, la cual está íntimamente ligada con el cuerpo corrupto. Todas estas cosas corresponden a las secreciones impuras mencionadas en Levítico 15. Los estados de ánimo malignos proceden del alma. En 1 Tesalonicenses 5:23 dice: “Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y vuestro espíritu y vuestra alma y vuestro cuerpo, sean guardados perfectos e irreprochables”. En el último mensaje del *Life-Study of 1 Thessalonians* [Estudio-vida de 1 Tesalonicenses], hay una sección que se titula: “Despejar las arterias de nuestro corazón psicológico” (pág. 209). Las arterias de nuestro corazón psicológico pueden ser obstruidas y endurecidas a causa de las enemistades, las contiendas, los celos y los arrebatos de cólera. Inclusive los que no son creyentes saben muy bien que tales estados de ánimo no son saludables. La ira es tan perjudicial para una persona, que hasta puede llegar a afectarla físicamente. En el quinto capítulo del libro de Números se nos dice que antes de que el pueblo de Dios pudiese ser consagrado a Dios, debía primero tomar una serie de medidas a nivel corporativo para su purificación. Entre tales medidas, la primera se relacionaba con la lepra, la segunda con las secreciones del cuerpo y la tercera con la muerte espiritual. No debemos contaminarnos con la muerte espiritual.

En términos espirituales, tales secreciones del cuerpo que eran consideradas inmundas, representan aquellas manifestaciones del hombre natural que se caracterizan por ser excesivas, anormales e irrestrictas. Ciertamente la envidia, las contiendas y los celos se caracterizan por ser estados de ánimo sin medida, excesivos y anormales, por lo cual, ellos son indicio de que la persona carece de todo control sobre sí mismo, sobre su temperamento, sus preferencias, sus gustos y sus aversiones. Jamás debiéramos decir de manera insolente: “No me gusta esto”, o “Quiero aquello”. Uno de los frutos del espíritu es el dominio propio.

Aquellos de nosotros que tenemos más edad, no debíamos suponer que éste sea un problema exclusivo de los más jóvenes, pues también estamos expuestos al mismo peligro. Cuanto más edad tenemos, mayores son las probabilidades de tener obstruidas nuestras arterias. Asimismo, las personas de mayor edad son más propensas a manifestar ciertos estados de ánimo perjudiciales y malignos que se caracterizan por ser desproporcionados y descontrolados, por ejemplo, ser gruñón. Estas son las obras de la carne.

La idolatría y las hechicerías (las cuales tienen que ver con la adoración demoníaca) están relacionadas con el espíritu que permanece en una condición de muerte

La idolatría y las hechicerías (las cuales tienen que ver con la adoración demoníaca) están relacionadas con el espíritu que permanece en una condición de muerte. Esta sociedad se ha llenado de prácticas demoníacas. Hace cien años, no era común y aceptado escuchar respecto a prácticas de hechicería; sin embargo, hoy lo es. La raíz de la palabra “hechicería”, es la misma que da origen a la palabra “fármaco” o “farmacia”, la cual está relacionada con el uso de las drogas. Aquellos que se involucran en hechicerías, muchas veces hacen uso de ciertas drogas. Hoy en día, el mundo entero es una sociedad que depende de las drogas. Esto está relacionado con el hecho de que el espíritu de los hombres está muerto.

La vanagloria, la provocación y la envidia son propias de la carne; estos tres asuntos nos indican, de una manera muy práctica, si andamos por el Espíritu o no

La vanagloria, la provocación y la envidia son propias de la carne; estos tres asuntos nos indican, de una manera muy práctica, si andamos por el Espíritu o no (Gá. 5:25-26). El versículo 26 dice: “No nos hagamos vanagloriosos, provocándonos unos a otros, envidiándonos unos a otros”. Esto viene inmediatamente después de las palabras: “Andemos también por el Espíritu”, lo cual nos indica que estas tres actitudes son indicio cierto (como la prueba en que se emplea el papel de tornasol) de no andar por el Espíritu. Si en nosotros está presente la vanagloria, la cual redundará en provocaciones y envidias, tal como lo indica la estructura gramatical de este versículo, ello constituye un indicio concreto y manifiesto de que no estamos en nuestro espíritu, sino en nuestra carne.

Pablo hace referencia a quienes quieren “quedar bien en la carne”; estar en la carne equivale a estar en nuestro ser natural, nuestro hombre exterior, y carecer de la realidad interna y el valor espiritual que se hallan en nuestro espíritu regenerado

Pablo hace referencia a quienes quieren “quedar bien en la carne” (6:12); estar en la carne equivale a estar en nuestro ser natural, nuestro hombre exterior, y carecer de la realidad interna y el valor espiritual que se hallan en nuestro espíritu regenerado (Ro. 2:28-29; Fil. 3:3). Si adornamos nuestro cuerpo o hacemos cualquier otra cosa parecida, con el único fin de quedar bien y causar buena impresión, ello proviene de la carne.

Si andamos por el Espíritu, automáticamente prevaleceremos sobre la carne y derrotaremos al diablo que se esconde detrás de ésta; a medida que ganemos, de este modo, la batalla en contra de la carne, se cumplirá el propósito de Dios, el cual es que Cristo sea expresado

Si andamos por el Espíritu, automáticamente prevaleceremos sobre la carne y derrotaremos al diablo que se esconde detrás de ésta; a medida que ganemos, de este modo, la batalla en contra de la carne, se cumplirá el propósito de Dios, el cual es que Cristo sea expresado (Gá. 5:16-17; 6:17; cfr. Éx. 17:8-16). Si bien es cierto que la carne siempre está presente en nosotros, también es verdad que en nosotros mora Aquel que es más fuerte que la carne: *Jehová-nisi*, que significa “Dios es nuestro estandarte”. Cuando los hijos de Israel derrotaron a Amalec, edificaron un altar y lo nombraron *Jehová-nisi* (v. 15). Así pues, contamos con Aquel que es victorioso, Aquel que es vencedor; por lo cual, tenemos la certeza de que Dios llevará a cabo Su propósito de expresar a Cristo.

Necesitamos orar sin cesar (1 Ts. 5:17). Esta es la mejor manera de permanecer en nuestro espíritu. Necesitamos ejercitar nuestro espíritu para orar sin cesar, al inhalar el nombre de Señor e invocarlo. Moisés, en la cima del monte, hizo que Aarón y Hur sostuvieran en alto sus manos (Éx. 17:12). En la primera nota al calce del versículo 12, en la *Versión Recobro* de la Biblia [edición en inglés] dice: “Aarón, el sumo sacerdote (28:1; He. 5:1, 4), representa el sacerdocio, y Hur, quien era de la tribu de Judá (31:2), representa el reinado (Gn. 49:10)”. Cuando ejercitamos nuestro espíritu al estar en comunión con el Señor y

permanecemos bajo Su autoridad en virtud de nuestra constante oración, podemos tener la certeza de que habremos de prevalecer sobre nuestra carne.

La Biblia, siempre que se refiere al conflicto que existe entre el Espíritu y nuestra carne, jamás lo hace con la premisa de que se trata de dos adversarios en igualdad de condiciones. En todos esos versículos, la Biblia siempre deja en claro que estamos en capacidad de prevalecer sobre la carne. Por ejemplo, en Romanos 8:6 dice: “La mente puesta en la carne es muerte, pero la mente puesta en el espíritu es vida y paz”; pero el versículo 9 nos recuerda: “Mas vosotros no estáis en la carne sino en el espíritu”.

Las personas mundanas tienen mucho que decir acerca de la carne, pero siempre lo hacen desde la perspectiva de la carne. Se ha escrito mucho acerca de las luchas y los conflictos internos que son propios de la carne, pero quienes así hablan, jamás han podido ser libres de la influencia de la carne. Sin embargo, las palabras que la Biblia tiene al respecto, no son las de una persona que está sumergida en el pantano; la Biblia nos habla desde una perspectiva superior, al no hablarnos desde la posición que corresponde a la carne, sino a la que corresponde al Espíritu. En Gálatas 5:16 dice: “Digo pues: andad por el Espíritu, y así jamás satisfaceréis los deseos de la carne”. Es posible llevar una vida que no sea regida por la carne, una vida inmersa en la esfera del espíritu mezclado. De hecho, el versículo 24 dice: “Pero los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y concupiscencias”. Aquí Pablo nos dice que sí es posible, que no se trata de algo imposible de realizar. Así pues, todos tenemos que declarar: “Sí se puede”. Después, en Romanos 8:12 dice: “Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne”. Sí podemos vivir permanentemente en el espíritu, y al permanecer en el espíritu, no satisfaremos los deseos de la carne.

**Así como la carne expresa al viejo Adán, el Espíritu
hace real a Cristo en nosotros; de hecho,
Aquel a quien expresamos en nuestro vivir es Cristo
como Espíritu, y los diversos aspectos del fruto del Espíritu
son las características de Cristo**

Así como la carne expresa al viejo Adán, el Espíritu hace real a Cristo en nosotros; de hecho, Aquel a quien expresamos en nuestro vivir es Cristo como Espíritu, y los diversos aspectos del fruto del

Espíritu son las características de Cristo (cfr. Fil. 1:19-21a). De hecho, andar según nuestro espíritu significa vivir conforme a Cristo.

*La intención de Dios es que vivamos por el Espíritu
a fin de expresar a Cristo; lo que necesitamos actualmente
en el recobro del Señor es andar por el Espíritu y así expresar
a Cristo en muchas y diversas virtudes, de modo que nosotros
mismos lleguemos a ser hijos de Dios en realidad*

La intención de Dios es que vivamos por el Espíritu a fin de expresar a Cristo; lo que necesitamos actualmente en el recobro del Señor es andar por el Espíritu y así expresar a Cristo por medio de muchas y diversas virtudes, de modo que nosotros mismos lleguemos a ser hijos de Dios en realidad. Es al permanecer en nuestro espíritu que podemos llevar una vida en la que se cumple la frase: “ya no vivo yo, mas Cristo vive en mí”. La necesidad actual en el recobro del Señor es que nosotros andemos por el Espíritu y no en virtud de algún fenómeno milagroso de índole pentecostal, es decir, no en virtud de un evento sobrenatural que ocurre de una vez y para siempre. Día a día, debemos llevar una vida regida por nuestro espíritu mezclado. No es necesario involucrarnos en actividades raras y milagrosas. Durante los últimos ochenta años, el recobro del Señor ha tenido que enfrentar situaciones deprimentes, en las que los creyentes padecían necesidades abrumadoras y, ante las cuales, ciertos “vientos” comenzaron a soplar. Tales “vientos” extraños planteaban el provecho de buscar cierta clase de espiritualidad de índole pentecostal, pero jamás produjeron algo positivo y edificante. A la postre, la senda verdadera, la senda saludable, es siempre la misma: recordar continuamente a los santos que deben andar regidos y regulados según el Espíritu.

Ciertamente disfrutar de una reunión gloriosa es provechoso; pero, ¿qué sucede después de la reunión? Es necesario que cada mañana disfrutemos de *La palabra santa para el avivamiento matutino*. Tomar la senda estrecha y rigurosa, no solamente implica tomar el camino de la cruz, sino también conlleva ser regulados en nuestra conducta diaria. Nuestra necesidad no es recibir inyecciones de algún “esteroide espiritual”; más bien, necesitamos andar por el Espíritu. Cuando andamos regidos por el Espíritu, espontáneamente la vida divina crecerá en nosotros y llevaremos una vida que expresará las virtudes de Cristo. Esto no es llevado a cabo por nuestro propio esfuerzo,

ni consiste en imitar cierta conducta, sino que equivale a la manifestación espontánea de un vivir en el Espíritu, quien mora en nosotros.

La vida cristiana no consiste en realizar trabajos. Las obras son producidas por la carne. Permítanme darles un ejemplo a manera de ilustración. Antiguamente, solían circular por las calles personas que pedían limosnas y que, para llamar la atención de los transeúntes, hacían actuar a un mono al sonido de un gong. Mientras el mendigo hacía sonar el gong, el mono actuaba como si fuera un ser humano. Estos monitos eran capaces incluso de alimentarse haciendo uso de los palitos chinos. Pero en cuanto el mendigo dejaba de hacer sonar el gong, el mono se deshacía de su sombrero y volvía a comportarse como un mono nuevamente. Es decir, este mono simplemente actuaba como si fuese un ser humano; este era su trabajo, y no la vida que él llevaba.

Algunos de nuestros jóvenes son como aquel monito, pues llevan dos vidas. Cuando es hora de reunirse con los santos, tal parece que el gong ha sonado y les ha llegado la hora de ponerse el “sombrero de mono” y asistir a la reunión. Después de la reunión, cuando regresan a sus hogares, arrojan el sombrero de mono y llevan una vida totalmente distinta. ¡Oh, cuánto necesitamos del espíritu mezclado! Necesitamos permanecer en él todo el tiempo. Cuando permanecemos en el espíritu, no hay necesidad de depender de nuestro esfuerzo propio. Los frutos del Espíritu están en contra de las obras de la carne.

En Lucas 1:42 el Señor es llamado el fruto del vientre. Así pues, el Señor es el verdadero fruto. Si cuidamos de nuestra relación con Él, tal fruto será producido. Consideren, por ejemplo, una mujer embarazada. Ella no tiene que realizar labor alguna, pues está dedicada a que crezca el fruto de su vientre. Cuanto más crece el fruto de su vientre, menos ella trabajará. Dios ha dispuesto que toda mujer embarazada sea un cuadro del contraste que existe entre la vida y el trabajo. Así también, podemos decir que cuando nuestros jóvenes participan del entrenamiento de tiempo completo, lo único que nosotros hacemos es depositar en ellos la semilla, es decir, ellos son fecundados por Cristo. Al inicio de su período de adiestramiento, ellos trabajan mucho; pero luego, a medida que Cristo crezca en ellos, irán dejando de trabajar y esforzarse hasta que Cristo sea formado en ellos.

Nuestros atributos naturales no contienen nada del Espíritu, mientras que el fruto del Espíritu está lleno de la sustancia y el elemento del Espíritu

Nuestros atributos naturales no contienen nada del Espíritu, mientras que el fruto del Espíritu está lleno de la sustancia y el elemento del Espíritu.

En Gálatas 5:22-23 se mencionan nueve aspectos del fruto del Espíritu, los cuales son diferentes expresiones del Espíritu: amor, gozo, paz, longanimidad, benignidad, bondad, mansedumbre y dominio propio

En Gálatas 5:22-23 se mencionan nueve aspectos del fruto del Espíritu, los cuales son diferentes expresiones del Espíritu: amor, gozo, paz, longanimidad, benignidad, bondad, mansedumbre y dominio propio.

El fruto del Espíritu incluye otros aspectos, tales como humildad, compasión, piedad, justicia, santidad y pureza

El fruto del Espíritu incluye otros aspectos, tales como humildad (Ef. 4:2; Fil. 2:3), compasión (v. 1), piedad (2 P. 1:6), justicia (Ro. 14:17; Ef. 5:9), santidad (1:4; Col. 1:22) y pureza (Mt. 5:8).

El fruto del Espíritu es el fruto de la luz mencionado en Efesios 5:9, el cual consiste en toda bondad, justicia y verdad, con miras a que el Dios Triuno sea expresado

El fruto del Espíritu es el fruto de la luz mencionado en Efesios 5:9, el cual consiste en toda bondad (Mt. 19:17), justicia (Ro. 5:17-18, 21) y verdad (Jn. 14:17), con miras a que el Dios Triuno sea expresado (cfr. Éx. 25:37). En Efesios 5:8 dice que somos hijos de luz y, como tales, tenemos el fruto de la luz (v. 9). En Éxodo 25:37 se habla acerca del candelero. El candelero está compuesto por sus brazos, sus cálices y las copas con las flores. Si bien todo el candelero es como una luz que resplandece, en realidad su luz es su fruto, con lo cual se nos da a entender que la luz es el fruto, o sea, es el fruto de la luz. En el mensaje noventa y tres del *Estudio-vida de Éxodo*, el hermano Lee habla en más detalle sobre el fruto de la luz (pág. 1053). Puesto que la luz a la que aquí nos referimos es de índole orgánica, vemos que ella es fruto de la vida de resurrección.

PODEMOS SEMBRAR PARA EL ESPÍRITU

**A FIN DE SEGAR VIDA ETERNA, O SEMBRAR PARA LA CARNE
A FIN DE SEGAR LA CORRUPCIÓN QUE ES PROPIA DE LA CARNE**

Podemos sembrar para el Espíritu a fin de segar vida eterna, o sembrar para la carne a fin de segar la corrupción que es propia de la carne (Gá. 6:7-10). En Gálatas 6:8 dice: “Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna”. En este versículo, Pablo abarca todos los aspectos de la vida humana. Al hacer, pensar o decir cualquier cosa, estamos sembrando. Pablo tenía mucha experiencia en cuestiones de la vida humana y sabía que todo cuanto sembramos hoy, sea bueno o malo, tendrá que ser cosechado por nosotros mismos en el futuro. Si hoy andamos conforme a la carne, llegará el día en que segaremos corrupción. Corrupción no hace referencia simplemente a cierta descomposición o putrefacción; en realidad, esta palabra significa “destrucción”. En 1 Corintios 3 se nos da a entender que si sembramos conforme a la carne, todo lo que hagamos será destruido por el fuego, pero si sembramos según el Espíritu, segaremos vida eterna.

Debemos prestar atención a la manera en que nos conducimos en el ambiente familiar. Los divorcios no se suscitan de la noche a la mañana, sino que son resultado de una siembra paulatina, la cual —tarde o temprano— produce una ruptura conyugal. Lo mismo sucede con respecto a la vida de iglesia. Un día nos daremos cuenta de que ya no podemos permanecer en la vida de iglesia, pero ello no se debe a algo que sucedió en un solo día. Antes que llegara ese momento en que la pérdida se hace manifiesta, habíamos estado sembrando para cosechar destrucción. Por otro lado, este principio tiene un aspecto positivo: podemos segar vida eterna al sembrar para el Espíritu, tanto con nuestra esposa como con nuestros niños, y esto es realizado mediante nuestra manera de hablar, nuestras expresiones, nuestros estados de ánimo e, incluso, por la manera en que arreglamos nuestra casa. Aún las cosas aparentemente más insignificantes tienen repercusión. Un hermano dijo en cierta ocasión: “Sed cuidadosos con respecto a vuestra manera de pensar, pues ello determinará cómo actuaréis. Sed cuidadosos con respecto a vuestra manera de actuar, pues ello determinará vuestros hábitos. Sed cuidadosos con respecto a vuestros hábitos, pues éstos darán forma a vuestro carácter. Sed cuidadosos con respecto a vuestro carácter, pues ello determinará vuestro destino”. Esto es muy cierto.

Todo cuanto hacemos hoy, por más insignificante que parezca, es una clase de siembra. Algunos jóvenes dañan su cuerpo durante su juventud. Ellos se creen superhombres, capaces de hacer cualquier cosa. No se dan cuenta de que están sembrando. Con respecto a la manera en que nos alimentamos, los doctores saben que cuando abren las arterias del corazón de una persona de edad avanzada y las encuentran obstruidas, ello se debe a los hábitos de consumo que esta persona desarrolló durante su juventud, cuando apenas tenía veintitantos años de edad. Al menos en cuanto a su manera alimentarse, tal individuo no se condujo regido por su espíritu en el asunto de comer apropiadamente.

Según el punto de vista de Pablo, la vida humana es un proceso que consiste en sembrar; todo cuanto decimos y hacemos, implica sembrar las semillas que crecerán y finalmente serán cosechadas

Según el punto de vista de Pablo, la vida humana es un proceso que consiste en sembrar; todo cuanto decimos y hacemos, implica sembrar las semillas que crecerán y finalmente serán cosechadas. El hermano Lee animaba a los jóvenes a hacer un voto al Señor orando: “Señor, yo quiero sembrar para vida eterna. Quiero fijarme una meta y un objetivo en esta vida”. Sembrar significa hacer algo con una meta y un objetivo.

Sembrar para el Espíritu significa sembrar con miras a cumplir el propósito del Espíritu; esto equivale a tener al Espíritu como nuestra meta

Sembrar para el Espíritu significa sembrar con miras a cumplir el propósito del Espíritu; esto equivale a tener al Espíritu como nuestra meta. Necesitamos hacer una resolución y declarar: “Señor, yo deseo que mi vida consista en sembrar para el Espíritu”. Al hacer este voto, deberíamos poner a los cielos y a la tierra por testigos. En Deuteronomio 30:19 Moisés dice: “A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia”. El libro de Deuteronomio está escrito desde la perspectiva de Cristo, quien es la buena tierra como nuestra meta. Como la Palabra, Él es nuestro suministro; y como la buena tierra, Él es nuestra meta. En este pasaje de Deuteronomio, Moisés les estaba mostrando dos caminos a los hijos de Israel: el que consistía en tomar a Cristo como la palabra, y el que consistía en rechazarlo para maldición.

Así como en Deuteronomio Cristo es la palabra para nosotros, en Gálatas Él es el Espíritu. Tenemos que escogerlo a Él, y entonces obtendremos vida. En el versículo 20 del capítulo treinta dice: “Amando a Jehová tu Dios, atendiendo a su voz, y siguiéndole a Él; porque Él es vida para ti, y prolongación de tus días; a fin de que habites sobre la tierra que juró Jehová a tus padres, Abraham, Isaac y Jacob, que les había de dar”. Debemos escoger el camino de la vida.

De hecho, andar por el Espíritu es sembrar para el Espíritu

De hecho, andar por el Espíritu es sembrar para el Espíritu (5:16).

En nuestra vida y en nuestro vivir debemos tener presente al Espíritu, es decir, debemos tomar al Espíritu como nuestra meta

En nuestra vida y en nuestro vivir debemos tener presente al Espíritu, es decir, debemos tomar al Espíritu como nuestra meta (6:8b).

La economía de Dios consiste en que Él mismo se nos da como el Espíritu; nada complace más a Dios que el que tomemos al Espíritu todo-inclusivo, quien es el Dios Triuno todo-inclusivo, como nuestra meta única y eterna

La economía de Dios consiste en que Él mismo se nos da como el Espíritu; nada complace más a Dios que el que tomemos al Espíritu todo-inclusivo, quien es el Dios Triuno todo-inclusivo, como nuestra meta única y eterna (3:5a, 14; cfr. Fil. 2:13). Dios se complace con esta manera de andar. A medida que andamos, Él nos suministra. Él nos dará todo lo que necesitemos como el suministro todo-inclusivo. En 2 Corintios 9:10 dice: “Y el que liberalmente provee de semilla al que siembra, y de pan al que come, proveerá y multiplicará vuestra sementera, y aumentará los frutos de vuestra justicia”.

Sembrar para la carne significa sembrar con miras a cumplir el propósito de la carne; esto equivale a tener a la carne como nuestra meta

Sembrar para la carne significa sembrar con miras a cumplir el propósito de la carne; esto equivale a tener a la carne como nuestra meta.

No es posible permanecer neutrales con respecto a la carne y el Espíritu; o tomamos como nuestra meta la carne o el Espíritu

No es posible permanecer neutrales con respecto a la carne y el Espíritu; o tomamos como nuestra meta la carne o el Espíritu (Ro. 8:6).

Todo cuanto hacemos equivale a sembrar, ya sea para nuestra carne o para el Espíritu, y todo lo que sembramos produce, ya sea una cosecha de corrupción, que viene de la carne, o una cosecha de vida eterna, que viene del Espíritu

Todo cuanto hacemos equivale a sembrar, ya sea para nuestra carne o para el Espíritu, y todo lo que sembramos produce, ya sea una cosecha de corrupción, que viene de la carne, o una cosecha de vida eterna, que viene del Espíritu (Sal. 126:5; Pr. 22:8a; Os. 8:7a).

Si vivimos para la carne, cualquier obra cristiana que realicemos carecerá de eficacia; lo que cuenta no es nuestra labor, sino lo que sembramos

Si vivimos para la carne, cualquier obra cristiana que realicemos carecerá de eficacia; lo que cuenta no es nuestra labor, sino lo que sembramos (cfr. Mr. 4:14; Dt. 22:9).

Cuando nuestra meta es el Espíritu, llegamos a ser un suministro de vida para otros y para las iglesias

Cuando nuestra meta es el Espíritu, llegamos a ser un suministro de vida para otros y para las iglesias (Gá. 6:10; 2 Co. 3:6). Cuando andamos y sembramos conforme al espíritu, llegamos a ser un suministro de vida para la familia de la fe. Llegaremos a ser tal clase de suministro no sólo para nuestra familia y la iglesia, sino también para la familia de la fe. Representaremos un suministro para el Cuerpo de Cristo. A manera de ejemplo, podemos decir que el hermano Lee se santificó a sí mismo, siendo resguardado, y llegó a ser un gran suministro para el Cuerpo de Cristo.

Cuando sembramos para el Espíritu, el Espíritu nos hace una nueva creación

La nueva creación tiene que ver con que los escogidos de Dios tomen al Espíritu todo-inclusivo como su meta, lo tengan siempre presente, sean un solo espíritu con Él y, como resultado de todo ello, el elemento divino sea infundido en ellos a fin de cambiar su constitución intrínseca y hacerlos nuevos

La nueva creación tiene que ver con que los escogidos de Dios

tomen al Espíritu todo-inclusivo como su meta, lo tengan siempre presente, sean un solo espíritu con Él y, como resultado de todo ello, el elemento divino sea infundido en ellos a fin de cambiar su constitución intrínseca y hacerlos nuevos (Gá. 6:14-15).

*La Nueva Jerusalén, la máxima consumación de la vida eterna,
será el fruto consumado y la cosecha final que se obtenga
como producto de haber sembrado nosotros para el Espíritu*

La Nueva Jerusalén, la máxima consumación de la vida eterna, será el fruto consumado y la cosecha final que se obtenga como producto de haber sembrado nosotros para el Espíritu (v. 8b; Jn. 4:14; Ap. 22:1-2). Sembrar para el Espíritu tiene como fruto la vida eterna. Esta vida eterna es la Nueva Jerusalén.

*El Señor está haciendo un llamado en Su recobro,
el cual es que tomemos
al Espíritu como nuestra meta y que vivamos para Él en todo,
para así obtener la cosecha de la vida eterna;
¡que maravilloso es que podamos tener
tal meta gloriosa en cuanto a la vida divina!*

En Su recobro, el Señor hace un llamado a tomar al Espíritu como nuestra meta y a vivir en función de Él en todo aspecto, para así obtener la cosecha de la vida eterna; ¡qué maravilloso es que podamos tener una meta tan gloriosa en cuanto a la vida divina! Quiera el Señor que nos exhortemos mutuamente a segar vida eterna. Al andar por el Espíritu estaremos sembrando para el Espíritu a fin de obtener la plena filiación y la vida eterna y, así, ser la nueva creación. Esto debe servirnos de aliento y ánimo a todos nosotros: sí, es posible andar por el Espíritu. Quiera el Señor que vayamos en pos de esta meta y de este objetivo.—A. Y.